



Tiempo ordinario en el Año Jubilar

Jesucristo, Rey del Universo

Solemnidad – Jornada Mundial de oración por la Juventud
Domingo 23 de noviembre de 2025

«Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino».

«Intentemos imaginar visualmente un rey. Nos vendrá a la mente un hombre fuerte sentado en un trono con espléndidas insignias, un cetro en las manos y anillos brillantes en los dedos, mientras dirige a sus súbditos discursos solemnes. Esta es, más o menos, la imagen que tenemos en la mente. Pero mirando a Jesús, vemos que Él es todo lo contrario. No está sentado en un cómodo trono, sino más bien colgado en un patíbulo. El Dios que «derribó a los poderosos de su trono» (Lc 1,52) se comporta como siervo crucificado por los poderosos. Está adornado sólo con clavos y espinas, despojado de todo, mas rico en amor. Sólo entrando en su abrazo entendemos que Dios se aventuró hasta ahí, hasta la paradoja de la cruz, justamente para abrazar todo lo que es nuestro, aun aquello que estaba más lejos de Él: nuestra muerte —Él abrazó nuestra muerte—, nuestro dolor, nuestra pobreza, nuestras fragilidades y nuestras miserias. Él abrazó todo esto. Se hizo siervo para que cada uno de nosotros se sienta hijo, pagó con su servidumbre nuestra filiación.

FRANCISCO, Homilía, 20-11-2022.

*Pintura: J. SNELLINC, *La Crucifixión*, 1638.



«Dios todopoderoso y eterno, que quisiste fundar todas las cosas en tu Hijo muy amado, Rey del Universo, haz que toda la creación, liberada de la esclavitud del pecado, sirva a tu majestad y te glorifique sin fin».

Oración colecta de la solemnidad



DIÓCESIS DE
ZIPAQUIRÁ



PASTORAL
Litúrgica
DIÓCESIS DE ZIPAQUIRÁ

Prefacio de la solemnidad: Jesucristo, Rey del Universo¹

Este prefacio fue compuesto en 1925, cuando Pío XI estableció la solemnidad de Cristo Rey para ser celebrada el último domingo del mes de octubre, antes de la solemnidad de Todos los Santos. En el nuevo calendario de la Iglesia Romana, esta solemnidad se ha fijado el último domingo del año litúrgico, como coronación de todo él. Se han visto en este prefacio unas reminiscencias de los antiguos sacramentarios de la Iglesia romana como el Veronense y el Gelasiano, así como de otros libros litúrgicos antiguos. El embolismo es como sigue:

Porque consagraste Sacerdote eterno y Rey del Universo
a tu único Hijo, nuestro Señor Jesucristo,
ungiéndolo con óleo de alegría,
para que ofreciéndose a sí mismo,
como víctima perfecta y pacificadora
en el altar de la cruz,
consumara el misterio de la redención humana
y sometiendo a su poder la creación entera,
entregara a tu majestad infinita
un reino eterno y universal:
el reino de la verdad y de la vida,
el reino de la santidad y la gracia,
el reino de la justicia, el amor y la paz.

Este concepto de Cristo Pontífice y Rey que reconquista para el Padre y le entrega el reino de la creación, la cual había renegado de él por el pecado, para que Dios sea por siempre todo en todo, está tomado de san Pablo. No obstante, cabe al redactor el mérito de haber dado a su bella composición litúrgica ese carácter lírico de verdadero cántico triunfal de acción de gracias, que constituía el distintivo del primitivo himno eucarístico, según se llamaba antiguamente a nuestra plegaria eucarística. Como en otros muchos prefacios, hay también en este un caudal de doctrina imposible de exponer en el poco espacio que disponemos. Solo tratamos dos puntos:

Cristo, Sumo sacerdote eterno

Cristo reúne todo cuanto pertenece al oficio sacerdotal y esto en el sentido más elevado que se pueda pensar. Es el Mediador entre Dios y los hombres, gracias a su encarnación. Es sacerdote que ofrece el sacrificio y, al mismo tiempo es la víctima por su vida de Redentor y por su sacrificio en la cruz. Es nuestro intercesor ante el Padre. Los frutos admirables del sacrificio sacerdotal son: lo que quitó y sigue quitando en nosotros, esto

¹ AA.VV., *Los prefacios y las secuencias*, Barcelona: CPL 2018, 163-165.

es, la maldición del pecado (1Jn 1,7), la ira del Padre (1Ts 1,10), el dominio del diablo (Hb 2,14), el dominio de la muerte (Jn 11,25), la reprobación eterna. Pero además nos concedió la paz con Dios (Col 1,20), su dominio suave, su vida divina (Ga 3,14; Rm 3,23; 2Tm 1,10), su herencia divina (Rm 5,21), etc.

A leer con detenimiento los evangelios y los demás libros del Nuevo Testamento, vemos la figura de nuestro Señor y Salvador dibujarse con rasgos siempre nuevos e imágenes variadas: el Médico, el Auxiliador de los hombres, el Hijo eterno del Padre... y sin embargo faltaría un rasgo esencial en la semblanza de Cristo si no tuviéramos la carta dirigida a los Hebreos. No hay otro libro bíblico en el que se destaque con tanta claridad y elevación uno de los oficios de nuestro Señor Jesucristo, que pertenece a lo más sagrado de su ser divino-humano: su oficio de Sumo y Eterno Sacerdote. En varios capítulos (6-12) trata de tan elevado tema su autor. Pío XII lo expuso elocuentemente en su carta encíclica *Mediator Dei*, sobre la sagrada liturgia, del 20 de noviembre de 1947.

Rey del universo

Ha sido costumbre muy general y antigua llamar Rey a Jesucristo [...] a causa del supremo grado de excelencia que posee y que le encumbra entre todas las cosas creadas. Así Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo se dice que reina en las inteligencias de los hombres, no tanto por el sublime grado y altísimo grado de su ciencia, cuanto porque Él es la Verdad y porque los hombres necesitan beber del Él y recibir obedientemente la verdad. Se dice también que reina en las voluntades de los hombres, no sólo porque en él la voluntad humana está entera y perfectamente sometida a la santa voluntad divina, sino también porque con sus mociones e inspiraciones influye en nuestra libre voluntad y la enciende en sublimes propósitos. Finalmente se dice con verdad que Cristo reina en los corazones de los hombres porque, con supereminente caridad y con mansedumbre y benignidad se hace amar por las almas de manera que nadie, entre los nacidos, ha sido ni será nunca tan amado como Cristo Jesús. Mas, entrando ahora de lleno en el asunto, es evidente que también en sentido propio y estricto le pertenecen a Jesucristo como hombre el título y la potestad de Rey, pues solo en cuento hombre se dice de Él que recibió del Padre la potestad, el honor y el reino, porque como Verbo de Dios, cuya sustancia es idéntica a la del Padre, no puede menos de tener común con él lo que es propio de la divinidad y, por lo tanto, poseer también como el Padre el mismo imperio supremo y absolutísimo sobre todas las criaturas.

Nada mejor para explicar esto que algunos párrafos de la encíclica de Pío XI, *Quas primas* sobre la realeza de Cristo, del 11 de diciembre de 1925. El Papa se extiende ampliamente para mostrar todo esto en las Sagradas Escrituras. Luego trata de que la realeza de Cristo está fundada en la unión hipostática y en la redención [...] Por último, añadimos unas palabras de san Agustín en su comentario al salmo 64,5: «Cristo es nuestro rey. A su trono acuden los hombres de todas clases y estrados. A Él vienen pobres y ricos, analfabetos y sabios, hombres y mujeres, señores y siervos, ancianos y jóvenes, adultos y niños. A Él vienen judíos y griegos, romanos y bárbaros. ¿Quién puede contar los pueblos que acuden a Él? No subyugó el orbe con el hierro, sino con el leño de la Cruz».

Comentario a las lecturas bíblicas del Leccionario²

Ungieron a David como rey de Israel

Primera lectura: 2 Samuel 5,1-3

Es la tercera unción que recibe el gran rey, ahora solemnemente reconocido también por las tribus de Israel (cf. 2 Sam 2,4). El texto presenta a David como figura ideal de soberano, y lo hace a través de algunos elementos que encierran un particular significado. «*Somos de tu misma carne y sangre*» (cf. 19,13ss; Gn 2,23; 29,14) es una expresión que indica los lazos familiares que mantiene el soberano con todo el pueblo, el vínculo de sangre, el típico de los clanes patriarcales, recordados por la ciudad de Hebrón, donde están sepultados Abrahán y sus descendientes (cf. Gn 23; 49,31; 50,13). La gran epopeya de David prevé que todas las tribus -tanto las del norte como las del sur- se reúnan bajo la guía de un único soberano y se reconozcan entre ellas como «*de tu misma carne y sangre*». En David se crea la unidad y la cohesión de todo el pueblo. Las palabras de los israelitas legitiman, por otra parte, la sucesión de David respecto a Saúl, tras la eliminación del descendiente de este último, contada en el capítulo precedente.

El soberano tiene una tarea pastoral: proteger la vida de todo el pueblo y guiarlo al bienestar sobre la tierra (cf. Sal 23; 72). Esta misión no le es requerida sólo por los representantes de las tribus del norte, sino por el mismo Dios, que ha dirigido su promesa al hijo de Jesé (cf. 1 Sam 16,1-13; 2 Sam 7,8). Sobre la base del juramento de Dios se estipula ahora el pacto entre el rey y las tribus, un pacto de fidelidad y de lealtad que remite a las mismas prerrogativas de Dios, el verdadero rey que está por encima de todos los hombres. Así pues, toda soberanía sobre el pueblo de Dios remite a la soberanía de Dios y no puede seguir otros modelos monárquicos, basados en la divinización del rey (cf. Ez 28,1). David, para poder estar al frente de todas las tribus y guiarlas como jefe, debe estar ante el Señor y ser guiado por su Palabra.

Nos ha trasladado al reino de su Hijo querido

Segunda lectura: Colosenses 1,12-20

El fragmento se abre con una acción de gracias, última de una serie de actitudes que los colosenses deben adoptar para agradar a Dios (cf. 1,10-12): dar fruto, aumento del conocimiento, fortaleza en la tolerancia y en la paciencia, el agradecimiento.

El autor invita a los colosenses a dar gracias al Padre, que ha llevado a cabo en ellos el paso del reino de las tinieblas al señorío del «*Hijo de su amor*» (así al pie de la letra). A ellos les ha sido asignada la misma suerte de los ángeles y de todos los que están junto a

² AA.VV., *Lectio divina para cada día del año*, vol. 15, Navarra: Verbo Divino 2011, 323-328.

Dios, una vez obtenidos, «*en Cristo*», el rescate y el perdón de los pecados. El momento crucial está determinado, pues, por la presencia del Hijo, que la carta escruta a fondo. Comprenderle a él significa comprender todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.

La confesión cristológica pretende garantizar al cristiano la certeza de su liberación. Toda potestad depende de la acción creadora y redentora de Cristo y encuentra en él su origen. Nadie tiene capacidad para anular la obra del Hijo, porque nadie es como él. En consecuencia, la Iglesia no puede inclinarse ante otras cabezas o tenerles miedo, dado que la única «cabeza» es Cristo, su Señor. La *primacía* de Cristo tenemos que entenderla no sólo como antecedente -está «antes» de todos-, sino sobre todo como *preeminencia y excelencia* «cualitativa» de su ser. Sin él no habría posibilidad de vida, de unidad y de armonía en el interior de la creación y del universo. La serie de títulos aplicados a Cristo («*imagen*» o *icono*, «*primogénito*», *cabeza*, «*reconciliador*») en este texto es notable y apunta hacia la unicidad del ser de aquel por medio del cual y por el cual fueron hechas las cosas.

Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino

Evangelio: Lucas 23,35-43

Lucas pinta la escena de la coronación de Jesús con un admirable juego de perspectiva. En el fondo encontramos al pueblo, que está mirando; más cerca, los jefes y los soldados, a los pies de la cruz, burlándose de Jesús; en primer plano, los dos malhechores que hablan con él y, por último, sus palabras de salvación. El *pueblo* constituye el numeroso público que asiste al espectáculo. En relación con las frases dichas por los otros protagonistas, representa un motivo más para que el rey decida responder a las peticiones que seguirán.

La primera es la de los *jefes*, que tientan a Jesús con la tercera de las argumentaciones de Satanás (cf. 4,9): le ponen a prueba recordándole que es el protegido, el amado, el ungido de Dios. Se mofan a partir de una realidad muy seria: la relación Padre-Hijo. *Los soldados* recuerdan el valor político del título de mesías: un rey dispone de poder; ya se lo había insinuado Satanás a Jesús en la segunda de las tentaciones, cuando intentó corromperle con la posesión de los reinos de la tierra, no sólo del de los judíos (cf. 4,6ss).

El malhechor colgado en la cruz al lado de Jesús presenta la tentación más fuerte, porque también él está sufriendo en la cruz junto a Jesús. La escena está cargada de *pathos*: ¿por qué el Salvador de los hombres, que se ha conmovido ante los sufrimientos humanos, no responde al grito de los míseros de la tierra? Ésta es la más diabólica de las pruebas, porque, una vez más, intenta romper la unión Padre-Hijo: «¿No eres tú el Mesías?». Desaparece la Palabra de Dios, la referencia a su voluntad; se afirma el instinto de supervivencia.

Por último, la escena culmina en la inauguración solemne del Reino en el hoy: el «buen ladrón» -como le llamamos tradicionalmente- roba el paraíso en el último instante de su vida, confiándose a Jesús, del mismo modo que éste se entregará confiadamente en los brazos del Padre (cf. 23,46).

Jesucristo, Rey del Universo

Solemnidad – Domingo 23 de noviembre de 2025

«Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino».



Moniciones

Entrada

Hermanos y hermanas: Llenos de fe, hoy proclamamos que Cristo es el Rey de todo el Universo. Él es digno de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza y la gloria. Por eso, sigamos viviendo este año jubilar y, participando de esta Eucaristía, adoremos a nuestro rey y Señor. Hoy también conmemoramos la Jornada Mundial de oración por la Juventud. [También demos gracias por los frutos de la campaña del diezmo realizada en nuestra Diócesis durante este año].

Liturgia de la Palabra

Hoy la palabra de Dios proclama el reinado universal de Cristo. Todo fue creado por Él y para Él. Él es dueño de todo y lo sostiene todo. Escuchemos atentos esta palabra bondadosa de nuestro rey.

Presentación de los dones

Jesús mismo nos dio ejemplo en la cruz: Él es el Rey porque es el primero en servirnos. Por eso, al ofrecer el pan y el vino, presentamos nuestra vida y nuestra disponibilidad para servir al Rey de reyes y Señor de señores.

Comunión

Alegrémonos por el privilegio de poder participar del alimento del Rey: su Cuerpo y su Sangre. Vayamos con gozo al encuentro de Cristo en la comunión eucarística.

Jesucristo, Rey del Universo

Solemnidad – Domingo 23 de noviembre de 2025

«Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino».



Oración universal

Presidente:

Hermanos: En la cruz Cristo nos ha demostrado que es Rey bondadoso y misericordioso. Él quiere nuestro bien y por eso está dispuesto a escucharnos. Con esta motivación, unámonos a esta plegaria universal diciendo:

R/. Cristo, Rey de la gloria, escúchanos.

Lector:

- † Por medio de Cristo, Rey de la Iglesia, oremos por el Pueblo de Dios para que sea fiel en el seguimiento del Señor hasta la cruz y la resurrección.
- † Por medio de Cristo, Rey de las naciones, oremos por los gobernantes para que aprendan a regir los destinos de los pueblos con benevolencia.
- † Por medio de Cristo, Rey humillado por nuestros pecados, oremos por todos los que sufren para que Dios les infunda fuerza y esperanza.
- † Por medio de Cristo, Rey y Pastor del Rebaño, oremos por la campaña del diezmo en nuestra Diócesis de Zipaquirá para que sus frutos se vean reflejados en los diferentes proyectos pastorales y parroquiales.
- † Por medio de Jesucristo, rey de la creación, oremos por los jóvenes del mundo entero para que experimenten la alegría del encuentro con Dios.
- † Por medio de Cristo, Rey de los bautizados, oremos por nosotros para que nuestra vida sea testimonio del reinado del Resucitado en el mundo.

Presidente:

Señor Jesucristo, por tu muerte y tu resurrección
has sido exaltado como Rey de todo el universo.
Por tu amor y por tu ternura recibe estas plegarias.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.